

del firmamento, la estrella que refulge con una luz diamantina, es el lucero por antonomasia, y su nombre nos evoca a Luzbel, Lucifer, el ángel caído que era el más brillante y refulgente de todos los brillantes y refulgentes espíritus que cantaban la gloria de Dios.

Aquí es preciso referirnos a lo que cuenta Robert Graves en *Los Mitos hebreos*. Según una versión rabínica que refiere el nacimiento de Caín, Eva yació con Samael, la serpiente que la convenció para que ella y Adán comiesen los frutos del árbol del conocimiento en lugar de los del árbol de la vida. Samael es un derivado de Shemal, una divinidad siria que se identifica con el planeta Venus. De otra parte, la Serpiente tentadora se identifica con el ángel caído Helel ben Safar (Lucifer, hijo de la Aurora), es decir, el planeta Venus, la estrella de la mañana. Es indudable que tanto Shemal como su derivado Shamael proceden de la diosa babilónica Ishtar, procedente a su vez de la sumeria Innana. Ishtar, diosa de la guerra y el amor, de la vida y de la muerte, se identifica con Venus, y toma hasta cierto punto el papel de la Gran Madre, la Diosa Blanca de la cultura matriarcal que predomina durante el neolítico por las márgenes del Mediterráneo. Su culto llega a ser el más importante en Babilonia, superando incluso al de los demás dioses astrales y el del dios local Marduk. De esta manera, la caída de Lucifer vendría a encuadrarse en esa larga pugna entre deidades masculinas, señores del trueno y de la guerra, propios de una civilización patriarcal, nómada y pastoril, contra la gran diosa señora del amor y la procreación, propia de la sociedad matriarcal y agrícola a la que la anterior viene a sustituir.

Así pues, la señal del lucero hace referencia a un origen extraordinario, vinculado al más allá y a Venus, la virgen astral. En el cuento popular, la marca de este nacimiento maravilloso aparece grabada en la frente del recién nacido. En parte de la literatura mítica, la estrella se ha separado del recién nacido y se presenta en su medio natural, el firmamento, anunciando en su novedad el hecho de un nacimiento extraordinario. Así refiere Graves que en la literatura midrásica, el nacimiento de Abraham viene anunciado por la aparición de una estrella más brillante que las restantes y que se tragaba cuatro estrellas fijas, cada una de ellas en una parte del firmamento. Los astrólogos del rey interpretaron el hecho como el anuncio del nacimiento de un hombre extraordinario. El rey Nimrod, temeroso de que el niño cuyo alumbramiento anunciaba esa nueva estrella terminase con su reinado, ordenó, siguiendo el consejo de sus astrónomos, que todas las mujeres embarazadas fuesen encerradas en una torre, y si el recién nacido fuese varón, se le diera muerte. Milagrosamente, la madre de Abraham puede ocultar su embarazo, y cuando se acerca el momento del parto huye al desierto dando a luz en una cueva a un niño que tiene tal resplandor en

su rostro que ilumina todo el recinto. Posteriormente el niño es ocultado, según una versión, mientras en otra se transforma al cabo de unos pocos días en un hombre cuya sabiduría y poder sobrenaturales confunden a Nimrod que, asustado, le deja partir para Egipto.

Se ha dicho que estos relatos están influidos por el del propio nacimiento de Jesús, pero lo cierto es que guardan estrechas referencias con otros relatos anteriores al del nacimiento del Cristo, tal como el de Ciro el Grande por Herodoto o el de Horus en el mito de Osiris. Lo cierto es que el hecho de una estrella que anuncia un nacimiento extraordinario, con los consiguientes celos del rey que procura deshacerse del recién nacido, la puesta a salvo de éste y su infancia oculta en un lugar recóndito o lejano y, posteriormente, el cumplimiento de un destino extraordinario que confirma los prodigios que anunciaba la estrella, es un tema muy abundante en la mitología y el folklore universales. Pero creemos que este tema es una derivación posterior del tema original, en el que la señal extraordinaria, tal como en nuestro cuento, aparece impresa en el propio héroe.

Pero pasemos a otros aspectos de nuestro relato. De acuerdo con los deseos que expresa la doncella, los niños no sólo nacen con un lucero en la frente sino que, en efecto, son tres, dos niños y una niña. Aprovechando que el padre se encuentra en la guerra, sus malvadas tías —o abuela, en otras versiones— sustituyen a los niños por cachorros de animales, se deshacen de ellos arrojándolos al río en una cesta, y comunican al padre que su mujer ha tenido un parto monstruoso, lo que originará la ira de éste que, a su regreso, castigará a su esposa encerrándola en una cárcel.

Estamos ante otro motivo muy frecuente en la mitología y en el folklore. Por citar un ejemplo, tomemos el de «El caballero del Cisne» tal como se recoge en *La gran conquista de Ultramar*. El principio de «El caballero del cisne» en esta versión hispánica es casi idéntico al de ese «Castillo de irás...» que me narraba mi madre, salvo la diferencia de que no son tres, sino siete los nacidos, y que en lugar de con el lucero en la frente nacen con un collar de oro en torno de su cuello. Por lo demás, también estos niños son arrojados al río, también se comunica al padre que en lugar de siete niños han nacido siete podencos, y también la madre es aprisionada como pena de su culpable parto. Culpable, sí, porque cuando se descubre la intriga de la abuela malvada que sustituyó las cartas del rey —un episodio novelesco, sin duda yuxtapuesto posteriormente al relato mítico original—, la abuela se defiende acusando de adulterio a la madre, como demuestra su parto múltiple, lo que le hace acreedora de la muerte.

Es una creencia comúnmente admitida que llega hasta la Edad Media, que el parto múltiple es un parto adulterino. De ahí que todos estos episodios de abuelas o tías que se deshacen con intrigas de los recién nacidos,

nos parezcan posteriores al relato original. Pensamos que en éste es el propio padre quien rechaza a los hijos como frutos del adulterio. Y ello no sólo porque el parto sea múltiple —esto tan sólo nos pone sobre la posible pista—, sino ante todo porque la señal sobrenatural que acompaña al recién nacido, le da a conocer que este niño no es suyo, que no puede ser el fruto de un simple mortal.

Nos dice Eliade en su *Tratado de Historia de las Religiones* que «la creencia de que el nacimiento de los gemelos presupone la unión de un mortal con un dios, y sobre todo con un dios del cielo, está muy difundida»; y cita el ejemplo de los acvins indios, de los dióscuros, de Hércules e Ificles, de Anfión y Zetos, y de Dardanos e Iason en apoyo de esta tesis.

Pero volvamos, de manos de Robert Graves, a la literatura rabinica. Según la *Vita Adae et Eva*, libro apócrifo de origen judío del siglo I antes de Cristo, como el rostro del niño Caín brillaba con una luz intensa, Eva supo que Adán no era su padre, y «en su inocencia exclamó: ¡He tenido un hijo varón con Yahvé».

Mas no era Yahvé, sino Samael, la serpiente, el auténtico padre de Caín. Con independencia de que el relato rabínico pretenda explicar con esta paternidad la introducción del mal en la estirpe humana, hay dos hechos que merecen la pena destacar. El brillo sobrenatural del rostro de Caín, y la paternidad de una serpiente.

Una vez que se ha realizado el fratricidio, Dios va a señalar a Caín con una marca. Hay diversas versiones sobre la marca con que Dios señaló a Caín, pero una de ellas mantiene que esa marca es un cuerno en la frente.

Un cuerno en la frente... ¿Pero qué clase de cuerno? ¿No se tratará de un cuerno dorado? ¿Y este cuerno dorado, en lugar de ser la señal con la que Dios marca al fratricida —producto de un parto múltiple, es decir, de un parto adulterino según la tradición—, no será más bien la señal con que este niño viene al mundo, la que indica el carácter extraordinario de su paternidad, la que hace exclamar ingenuamente a su madre que ha tenido un hijo de un dios y no de un simple mortal?

Porque si el resplandor dorado nos remite a la divinidad y el más allá, el cuerno se nos presenta como indicativo de un antecesor totémico. Esta referencia animal —no humana— concuerda perfectamente con la otra cara del mito: la de que el verdadero padre no es su padre mortal, ni tampoco el Señor del trueno y la montaña, sino Samael, la Serpiente, el primitivo dios totémico.

Y es aquí donde entra en danza la serpiente. Tanto en su forma directa, como en su mítica transformación en dragón, la serpiente ocupa un lugar destacado en el relato popular y en la historia de las religiones.

En las cosmologías primitivas, la serpiente o dragón representa con frecuencia el caos primigenio. Este caos primigenio amenaza destruir el orden del mundo y sólo un dios que se enfrenta vencedor al monstruo podrá evitar que todo vuelva a sus confusos orígenes. Es así como surge el mito folklórico de la lucha del héroe y el dragón. Aparece ya en Sumer y será desarrollado por los acadios con la lucha de Marduk y Tiamat. En Egipto, cada mañana, el Faraón, reencarnación del dios solar, rechaza a la serpiente Apofis, el caos primordial, sin lograr nunca aniquilarla; algo, después de todo, muy lógico dentro del sentido cíclico que los egipcios tienen de una creación unida inseparablemente a la destrucción en una rueda interminable, ya que el propio Atum fue en un principio la serpiente y, según *El libro de los Muertos*, cuando el mundo vuelva al estado caótico original, Atum se convertirá de nuevo en serpiente. Entonces el eterno ciclo comenzará una vez más.

En Ugarit es Baal quien se enfrenta a la serpiente Yat, representante del caos y de la muerte. Asimismo en el ceremonial judío, según señala Eliade, se produce «a la vuelta del año (Ex 34,22)», la lucha entre Yahvé y el monstruo marino Rahab, y la victoria de dios sobre las aguas, ceremonia que renueva anualmente la creación del mundo.

Los hititas, con ocasión de la celebración del año nuevo, recitaban el mito de la lucha del dios de las tormentas con el dragón. También en la India védica, el dios de las tormentas, Indra, combate victoriosamente con Vrita, el dragón gigante que retenía las aguas en la cavidad de las montañas. La victoria de Indra va a dar la libertad a las aguas que se precipitarán rugientes hasta formar el mar.

Va a ser Propp en *Las raíces históricas del cuento* quien fijará la evolución de la serpiente de acuerdo con la evolución histórica de la sociedad. Esta evolución supone de una parte la conversión de la serpiente de un ser acuático en un ser ígneo, trasladándose del agua al fuego y pasando, en la mitología, de representante de las aguas primordiales, tal como vimos anteriormente, a la representación de un ser astral, como ocurre en el caso de Satán. De otra parte, la evolución será de la serpiente engullidora, a la serpiente raptora y fornicadora de mujeres, la serpiente como símbolo fálico. Ya hemos señalado en este segundo papel a Satán como seductor de Eva; podríamos citar dentro de la antigüedad clásica, y para limitarnos a un ejemplo, al rapto de la hija de Deméter por Pitón. Pero el que la evolución no es uniforme sincrónicamente ni paralela nos lo demuestra la pervivencia de serpientes acuáticas engullidoras de doncellas, como en el mito de Andrómaca y Perseo que tendrá su proyección renacentista en la Orca del *Orlando furioso*.